



Algunos descuidos que retrasaron la conversión de Teresa

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

San Ignacio pone una meditación de Tres Binarios (E.E. nº 149) y dice: «*Se meditará sobre tres binarios (tipos diferentes) de hombres para abrazar la disposición mejor*». Esto debe de ser lo que pretendamos elegir en ejercicios: la disposición mejor para nuestra vida espiritual. Quitar de delante esos obstáculos y descuidos. En el primer preámbulo (E.E. nº 151) dice: «*la historia, la cual es de tres binarios de hombres, y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados, no pura o rectamente por amor de Dios, y quieren todos salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor, quitando de sí el peso e impedimento que para ello tiene en el apego a la cosa adquirida*». Si no es pura y rectamente, ¡hay que quitarlo!

[...] nosotros, aunque podamos estar viviendo en cierta medida una vida cristiana, a menudo lo hacemos con tibieza, con desgana, dejando a Dios para lo último. [...] la tibieza es un estado que no agrada al Señor, e incluso sabemos que somos rechazados: «*conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca*» (Ap 3,15-16). La Santa da testimonio de que ella se encontraba entre los tibios a quienes el Señor necesitaba despertar para poder empezar de nuevo a progresar en el camino espiritual, que es lo que de verdad ella deseaba. Y siempre hay obstáculos en los que no ponemos remedio para removerlos, y frenan considerablemente nuestra santificación, porque no nos dejan convertirnos de verdad. El Señor suele dar a menudo gracias a personas que se encuentran en esta situación para despertarlas a una fervorosa vida cristiana. Es el caso de la Santa, y da el consejo preciso.

«Gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien. Porque si persevera, no se niega Dios a nadie. Si el que comienza se esfuerza con el fervor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección» (Vida 11,4).

San Ignacio en el primer binario (E.E. nº 153) dice: «*para hallar en paz a Dios nuestro Señor y poderse salvar, querría quitar el afecto (inclinación a alguien o algo) que tiene a las cosas adquiridas, pero, sin poner ningún medio, llega la hora de la muerte*». Es decir, se descuida [...] respecto al pecado, aunque venial, pero pecado. Hemos visto que ella llega a decir que, en los tiempos que vivió alejada de Dios, nunca le ofendió mortalmente. Pero, sí que es verdad que reconoce este descuido, y el Señor nos alerta que no se debe descuidar: «*Velad y orad para no caer en la tentación, el espíritu está pronto, pero la carne es débil*» (Mt 26,41).

«Tanta guarda, tenía de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre, de los veniales, hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó» (Vida 4,7).

Este descuido, muy pronto nos llevará a la ruina espiritual. Ella tuvo muchos problemas con los malos sacerdotes que le confesaban, y que no le advertían acertadamente el estado de su alma, que por desgracia no desaparecieron en tiempos de la Santa, porque los podemos encontrar hoy y confundirnos también a nosotros.



«Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno; lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño... duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un padre dominico, me desengañó en muchas cosas» (Vida 5,3).

Es un *estado de descuido*, en el que hay dentro de nosotros algo instintivamente, que nos hace reconocer lo que realmente está mal o bien. Es este el motivo de tanto dolor en la Santa, que era a la vez consciente de que no ponía de su parte para convertirse del todo. ¡Cuánta rutina, cuánta negligencia y cuánto abandono! Hacemos el bien, es verdad, pero salga lo que salga, sin gran atención ni aplicación. Lo que vale sobre todo es la pureza de intención. Esta situación le llevaba a ella y nos lleva a nosotros a perder mucho tiempo, en forma de conversaciones vanas, de lecturas poco edificantes, televisión, ordenador, móvil, etc., y sobre todo, un espíritu de disipación habitual. Situación muy peligrosa, porque hay una inclinación en nosotros a buscar consejos de personas, confesores, que nos dejen seguir nuestros deseos, es decir: seguir por el camino de la perdición, hacer nuestro gusto y no la voluntad de Dios. [...] No se puede esperar que el Espíritu Santo dirija nuestra vida espiritual, si habitualmente se permite, «*hacer cada día una falta*», cuando no muchas, y si estas persisten, pueden llegar a entristecerle.

«Importa mucho que no os descuidéis hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíais mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,3).

La doctrina de los santos, referente a este descuido de los pecados pequeños, puede parecernos un poco exagerada. Pero no hay ofensa leve cuando se trata de ir contra la voluntad de Dios. No es de poca importancia descuidarse del pecado, si de verdad estamos tratando de una vida que puede ser agradable a Dios, o no. Es como si uno dijese:

«Aunque esta acción os desagrade, Señor, no dejaré de hacerla. Sé que Vos la veis, sé muy bien que no la queréis, pero prefiero seguir mi capricho y mi fantasía que vuestra voluntad. Obrar así, ¿será algo leve? Para mí, por ligera que sea la falta en sí misma, encuentro que es grave y muy grave» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,3).

San Ignacio hace hincapié en este aspecto, para hacer caer en la cuenta al ejercitante (E.E. nº 151) dice: «*Será aquí verme a mí mismo, cómo estoy delante de Dios nuestro Señor y de todos sus santos, para desear y conocer lo que sea más grato a su divina bondad*».

Y vivir descuidados respecto del pecado, no deja ver lo que es más grato a Dios y desearlo, y frena culpablemente la santidad. La Santa que tiene experiencia, advierte, y pone en guardia.

«Por muchos caminos lleva el Señor; mas siempre temeos cuando no os doliere algo la falta que hicieréis, que de pecado aunque sea venial, ya se entiende os ha de llegar al alma» (Conceptos del amor de Dios 2,5).

San Ignacio en el segundo binario (E.E. nº 153) dice: «*quiere quitar el afecto desordenado (inclinación a alguien o algo), pero le quiere quitar de tal forma que se quede con la cosa adquirida; de manera que Dios*



venga donde él quiere, y no se determina a dejarla para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él». Es decir, no evita las ocasiones [...] de pecado [...]. Este obstáculo suele ser el más frecuente, una razón por la que no se consigue progresar, es más, se suele retroceder [...]. Cuando no se evitan las ocasiones, estamos contribuyendo a volver a caer. Esto es lo que durante muchos años la Santa llama «una vida trabajosísima», no podía progresar.

«Cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía, para no tornar a caer en poniéndome en las ocasiones... Está todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones» (Vida 6,4).

Era una monja que ya había recibido muchas gracias en la oración. Pero no acaba de entregarse al Señor y continúa perdida entre los pasatiempos, las vanidades del mundo. Nos cuenta que no lo evitaba.

«Pues así comencé, de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades ¡Oh, válgame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró!» (Vida 7,1-18).

Para evitar el pecado es necesario huir de las ocasiones, aquellas que sabemos con certeza que nos llevan a caer, porque el Señor nos dice: «Si tu ojo derecho te induce a pecar, sácatelo y tíralo... Si tu mano derecha te induce a pecar, córtatela, tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al infierno» (Mt 5,29-30). El Señor es muy claro al decirnos que hay que huir, apartarse, quitar las ocasiones que se presenten de caídas, aún acosta de tener que hacer grandes sacrificios. Dice San Juan de la Cruz: «Es una suma ignorancia del alma pensar que podrá pasar a este alto estado de unión con Dios si primero no vacía el apetito de todas las cosas naturales y sobrenaturales que le pueden impedir. Y tanto más pronto llegará el alma cuanto más prisa en esto se diere; pero hasta que cesen esos apetitos no hay manera de llegar, aunque más virtudes ejercite, porque le falta el conseguirlas con perfección, la cual consiste en tener el alma vacía y desnuda y purificada de todo apetito» (1 Subida 5,2.6). La ocasión de pecado es como el fuego, quién juega con ello no tarda en quemarse. Buscar la ocasión es buscar el peligro próximo de caer y quién ama el peligro, definitivamente caerá.

[...] Necesitamos pedir a Dios luz para poder reconocer, cada uno de nosotros cuáles son esas personas, esas situaciones e incluso los lugares que debilitan nuestro propósito de resistir a los pecados y evitarlos todo lo posible. Es necesario, para recibir la gracia que Dios nos tiene reservada en ejercicios, es preciso ante todo, evitar aquellas culpas que, aunque sean leves, son conscientes y habituales. Apartarnos de los peligros es apartarse de una vida penosa.

«Pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar» (Vida 8,2-3).

Aquéllos que quieren vivir la vida espiritual, la vida de perfección, de un modo humano, dando paso a toda ocasión que se les presente, sin evitar las ocasiones de pecar, nunca llegarán a vivirla de la



manera que Dios quiere. Acercándose al precipicio se corre el riesgo de caer en él, y jugando con el fuego termina uno por quemarse.

[...] la Santa sobre el descuidarse acerca del pecado, y de no evitar las ocasiones, nos sigue diciendo que hay otro descuido muy fuerte que retrasara su conversión, que confiaba más en su voluntad que en la de Dios.

«El daño que hace en confiar de sí. Esto fue lo que a mí me destruyó» (Vida 19,15).

[...] por confiar excesivamente en nuestras propias fuerzas y haber olvidado al Señor: «*Sin mí no podéis hacer nada*» (Jn 15,5). No dice el Señor poco o mucho, sino nada. No nos engañemos y caigamos en este error, por confiar en nuestras propias fuerzas. Está claro que este problema impide la conversión, y la Santa nos avisa:

«Os doy un aviso: que no penséis por fuerza vuestra ni diligencia llegar aquí, que es por demás; antes si tenéis devoción, quedaréis frías, sino con simplicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir: "hágase tu voluntad"» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 32,14).

[...] Mientras un alma confía en sí, es una prueba evidente de que no está madura para seguir por el camino de la santificación, para disponerse a recibir de Dios las gracias, ni para poder ayudar eficazmente en este camino de la conversión a los demás. Con dolor lo reconoce la Santa:

«Todas las cosas faltan; Vos Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío!, ¡qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. Fáltame todo, Señor mío, más si Vos no me desamparáis, no os faltará yo a Vos. Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía» (Vida 15,17).

San Ignacio en el Tercer binario (E.E. nº 153) dice: «*quiere quitar el afecto, pero lo quiere quitar de tal modo que tampoco está apegado... si no quiere solamente quererla o no quererla según que Dios nuestro Señor se lo haga sentir en la voluntad, y a esta persona le parezca mejor para servicio y alabanza de su divina majestad, y mientras llega el momento de la elección quiere hacer cuenta de que en su afecto (inclinación a alguien o algo) ha renunciado ya a todo, poniendo toda la fuerza en la voluntad en no querer aquello ni ninguna otra cosa mientras no le mueva sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera que el deseo de poder servir mejor a Dios nuestro señor le mueva a tomar la cosa o dejarla*».

[...] **El descuido de las gracias recibidas, [...] y la resistencia a las inspiraciones del Espíritu Santo, son de entre los obstáculos más graves. [...] Cada gracia que hemos recibido nos abre a otras muchas gracias, porque dice el Señor: «el que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho» (Lc 16,10).** Ella reconoce, que de no valorar las gracias, serán pocas veces las que el Señor las vuelva a dar:



«Y alma a quien Dios le da tales prendas es señal que la quiere para mucho: si no es por su culpa, irá muy adelante. Más si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, más serán pocas veces las que le haga este favor, y breve espacio» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 31,11).

Y sin embargo, esto que es una necesidad del alma de los humildes y espirituales, se descuida frecuentemente hasta por los más buenos, los que más han recibido. [...] Desde el principio la Santa lo reconoce y es consciente, de las mercedes, de las gracias especiales que el Señor le ha hecho, al igual que reconoce con toda humildad, que frente a ellas están sus pecados y ruin vida.

«Fatígame, Señor..., porque sé que fue mía toda la culpa, porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra... comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas» (Vida 1,8).

No retardemos la obra del Espíritu Santo, que quiere guiarnos en estos Ejercicios, no solo a ser buenos, sino santos, no le hagamos esperar. No permitamos que se nos haga tarde para esta tarea, ¡no nos disculpemos! «*Por tanto, velad, porque no sabéis ni el día ni la hora*» (Mt 25,13).

Hagamos propósito de no hacer esperar más al Señor, «*que si quiero dar disculpa, ninguna tengo*»

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!